

El miracle de les Coves

Hechos y recuerdos.

«La primera caridad es la de la verdad»

(Juan Pablo II)

El año 1947 no fue un año más. Si por el Maestrazgo preguntas a cualquier persona que se acerque o rebase los setenta, te dirá que ese es l'Any del Miracle, el de les Coves de Vinromà; pero si lo preguntas a los de otros puntos de España te dirán, tal vez, que el año 1947 fue el año del referéndum obligado, aquel del ¡Franco Sí! o ¡Franco No!; al igual que el 1946 fue «l'Any de la Gelà»; como también el de la muerte del republicano castellonense D. Vicente Marco Miranda, alcalde de Valencia y gobernador de Córdoba, fundador d'Esquerra Valenciana así como masón (con el grado 33), pese a que se había iniciado en la Fe en el Seminario de Tortosa cuando corría el año 1890.

Les Coves de Vinromà –o «Vimroma» como apunta la Crónica de Jaime I-, está en el corredor prelitoral, a 58 km. al N. de Castellón y a 20 km. al S. de Sant Mateu. Su término tiene poca huerta y mucho secano, la huerta con hortalizas y cereales; el secano, con olivos, algarrobos, higueras sueltas y viñedos; pero, sobre todo, mucha roca y mucha aliaga (la garriga), el pan nuestro de una dura orografía de barrancal domeñada por una erosión secular; aunque en un trecho del *Barranc de la Valltorta* encumbre, para el Patrimonio Cultural de todos, una de las mejores cárcavas valencianas con Arte Rupestre Naturalista del Neolítico Inciso: la de *Les Coves de la Saltadora*, hoy declarada por la UNESCO Patrimonio de la Humanidad.

La prensa provincial del momento, y del «Movimiento», «*El Mediterráneo*», lógicamente de la F.E.T. y de las J.O.N.S., intentó silenciar un suceso que el mismo día de su cincuentenario, el 1 de diciembre del 97 (y por ello en la democracia que corremos), en artículo de José Albella, titula: «Un milagro que paralizó España».

La misma prensa, «l'any del miracle», el 47, día tras día, incidía: sobre los alimentos que se repartían con el «racionamiento», las visitas y discursos del Caudillo, los aniversarios de la Cruzada y de la muerte de José Antonio, y el Nacional Catolicismo; amén de los «partes» del obispado, la Acción Católica y, en general, de la Iglesia (que también gana la Guerra), la cual, y ante el «clamur» que estaban tomando las pretendidas apariciones de la Virgen, en la «Cova Campana», a la niña Raquel Tirado, intenta no darse por enterada y silenciar cuanto acontecía en les Coves (o «Las Cuevas» por aquello de acallar, también, el habla «vulgar» de la periferia bañada por el Mar de las Culturas). Pero el obispado de Tortosa, al cual pertenecieron la gran mayoría de los pueblos castellonenses hasta el 12 de mayo de 1960, ante la emoción y el temblor de España que ya pensaba en les Coves como una sucursal de Lourdes o de Fátima, usando el anonimato, se despertaba el martes día 18 de noviembre de 1947 desde la página 3 del citado periódico, con el siguiente título: «Sobre las pretendidas apariciones en Cuevas de Vinromà». Y, entre otras llamadas, escribe:

«Que es en realidad lo de Cuevas de Vinromà solo puede decirlo de modo definitivo y seguro una autoridad: la Iglesia. Hasta ese momento los católicos, todos absolutamente, tenemos el deber de desoír rumores y de negarnos a contribuir a la difusión de todo lo referente al asunto. Mucho más debemos evitar, con nuestra presencia, autorizar lo que no poseemos la menor garantía sea un hecho en el que intervenga la mano de Dios ...»

Pero la gente, ahogada por los recientes recuerdos de las guerras (la nuestra y la de fuera) y la penuria de la posguerra, recrecida por aquella «universal» helada del 46, deseaba un milagro, pues el tiempo era propicio dado que las apariciones se suelen producir en momentos de guerras y posguerras, hambrunas y laicismos (Fátima o Lourdes por cercanas) con las que distraer tristezas, abrir esperanzas y poder mirar cara a cara el sol de cada día. Por ello nuestras gentes, desoyendo el mensaje del obispado, empezó a peregrinar a Les Coves.

Entonces el «*Mediterráneo*», ya sin anonimato alguno, el 27 del mismo mes y bajo el título «*Entorno a las pretendidas apariciones de Cuevas de Vinromà*», se hace eco de:

«*Una nota del arzobispado y otra del prelado de nuestra diócesis*», en las que se dice:

«La prensa valenciana llegada ayer a Castellón publica la siguiente nota del Arzobispado: Informado de que para el día 1 de diciembre se organizan viajes y excursiones para presenciar determinados y pretendidos milagros que se dice tendrán lugar en Cuevas de Vinromà, a cuyo efecto, y por medio, principalmente, de circulares anónimas escritas a máquina, se excita e induce a los fieles de este Arzobispado para que tomen parte en dichas peregrinaciones, se ordena a todos los sacerdotes y reli-

giosos y encarece vivamente a todos los católicos, principalmente a los miembros de Acción Católica y asociaciones piadosas, se abstengan de acudir a dicho lugar, no dando oídos a esa propaganda, que ni está autorizada por la jerarquía eclesiástica ni lleva señal alguna externa que sea garantía de verdad.

EL VICARIO GENERAL».

Pero el artículo, sigue:

Con anterioridad a la precedente nota, el Obispado de esta Diócesis envió a los señores curas párrocos la siguiente:

«Secretaría de Cámara y Gobierno del Obispado.- Ante el ambiente que se va formando en torno a unas manifestaciones extraordinarias que se dicen tener lugar en el pueblo de Cuevas de Vinromà, de este Obispado, y el anuncio de prometidas apariciones y milagros, no constados hasta el presente indicio positivo alguno de la sobrenaturalidad de dichas manifestaciones, de Orden de su Excelencia Reverendísima se manda a todos los Sacerdotes de las Diócesis que se mantengan en una actitud de completa indiferencia respecto a este caso, absteniéndose de todo cuanto pudiera apoyar y fomentar el mismo, como sería propagar sus noticias de palabra o en la prensa, organizar grupos o expediciones para acudir a dicho pueblo, llevar enfermos o impedidos, difundir objetos piadosos relacionados con el caso etc

Tortosa, 28 de Octubre de 1947.

*Lic. Pedro Monserrat, Arcipreste
Canciller Secretario».*

El mismo escrito repite la prensa, para su mayor difusión, los días 28 y 30 de noviembre del 47. Y nos dirá Artemio Fabregat –un tiempo Párroco de Les Coves- que aun hubo otro comunicado del Obispado (que no hemos sabido encontrar) en el que se instaba a no acudir soltando, dice, «*una mentira piadosa*», pues aseguraba tal oficio que en Coves había peste; aunque tras el «*miracle*» y en los tres meses sucesivos, los libros de defunciones –sigue comentándonos- del Archivo Parroquial no registre fallecimiento alguno pese a que en el río Segarra, que trascurre a los pies de las cuevas, en cuyas escasas aguas, procedentes en parte de los desagües y lavadero de la Font de Company, se lavaban los tullidos y enfermos, y se bebía rezando con fe profunda pues eran aguas que por indicación de Raquel todos creyeron milagrosas. Y es cierto que lo pudieran ser pues no hubo noticia de contagio ni enfermedad alguna.

En el trasfondo político internacional estaban (como siempre) los sangrientos choques entre árabes y judíos, y (como siempre también) los ejércitos de EE. UU. dispuestos a implantar de cualquier manera la partición de Palestina (Mediterráneo, 4-XII-47)

Pero en nuestra provincia y región lo que importaba por cercano era *El Miracle*, y aquellas prédicas arzobispaes se hicieron, por tardías, inútiles.

Una gran muchedumbre, a pié, con carros, bicicletas, motos y camiones, se puso en marcha. Otros lo hicieron, con trenes especiales, desde Valencia y Tarragona hasta alcanzar Alcalá de Xivert, y luego, de cualquier manera, tras 20 km. de recorrido entre montes, alcanzaba la deseada meta: el «poble del miracle» como ya toda España le nombraba. Y un inmenso gentío fue llenando los cerros del paraje de la Morería, ese imponente conjunto de cárcavas que por el SE cierra, con su peñascal horadado, a canto de río, el paisaje del pueblo: gentes que se quedaban a dormir al raso bajo sacos y lonas para tener un buen puesto y poder contemplar de cerca a la Virgen y a una niña que había precedido hechos extraordinarios para el 1 de diciembre; otras muchas llenaron cualquier casa del pueblo pues sus habitantes, apenas unos 4600 vecinos, abrieron de par en par las puertas y dieron cuanto tenían en una noche de un intenso frío, lluvia y nieve en un acto de gran solidaridad, con una entrega y hermanamiento total, sin excepción de pobres (la gran mayoría) ni de ricos, pese a su incredulidad en los acontecimientos, salvo el beaterio de siempre. También se quedaban a dormir en los pajares, y otros en los establos pues cualquier lugar con techo era bueno. Los que no lo tenían por estar las casas llenas se refugiaron en los propios carros y camiones en los que habían llegado, abarrotando las callejas del pueblo pino. Fue una noche con llovizna y aguanieve, en que los termómetros descendieron por debajo de cero grados; pero de una emoción intensa que abría y encendía corazones. Hasta la sala del único cine del pueblo quedó de par en par para refugio de cuantos no cabían en otro lugar.

Con el despuntar del día, atónitos, vieron los «covarxins» miles y miles de peregrinos que abarrotaban un paisaje cuyo escenario eran el racimo de aquellos covachos, de innegable fuerza telúrica, con los topónimos populares de «Cul de Canter», Cova del Indio», «Cristalina», «Redona» «La fonteta», y la cueva mayor, la de las apariciones: «Cova Campana» .

Y los peregrinos, arrodillados, codo con codo, rezaban una y otra vez como la niña vidente Raquel Jacinta Roca Tirado, conocida por «Raquelín», cuya edad era de sólo 10 años (los mismos que tenía Lucía en Fátima), la cual anunciaba a todos lo que le iba dictando la Virgen, y tanto imploraban juntos católicos como agnósticos, la cosa era orar para olvidar la guerra y la miseria, y que se produjera el tan deseado milagro: que los ciegos recobrasen la vista, que los impedidos caminasen, que los enfermos sanaran, que hubiera pan para todos y que los incrédulos se abriesen a la fe. Y día tras día rezar el santo rosario, un hecho repetido en Lourdes, en Fátima y en otros muchos lugares del mundo.

Como anota el periodista José Albella:

«A partir del 14 de noviembre, por indicación de la Virgen Santísima, Raquel fue con sus dos hermanitos (otro paralelo con Fátima) diariamente a rezar el Rosario a una cueva denominada La Campana, en el cercano monte de La Morería».

Pero, ¿quien era esta niña?

El día 2 de febrero de 1937, el matrimonio formado por Emilio Roca Monfort, telegrafista de 31 años de edad, natural de Coves de Vinromà, con destino en Fuente la Higuera; y Jacinta Tirado Cortes, natural de Carena (Zaragoza), ven el nacimiento de su segunda hija a la que por nombre se le puso Jacinta Raquel, la cual era nieta por línea paterna de Cristóbal Roca Pardo y Carmen Gascó, ambos de Les Useres, según se anota en el tomo 40 de la Sección 3ª del Registro Civil de este último municipio enclavado en la comarca de «La Costera».

Pero al alcanzar los nacionales el pueblo, y «*en virtud de una sentencia militar*» (J. Albella), Miguel Roca sería destituido de su cargo por «rojo», pues además de simpatizar con el vencido régimen democrático, en un reconocimiento, la guardia civil le exhumaba novelas de Blasco Ibáñez (la Guadaña, la Araña Negra y la Catedral), y, lógicamente, fue depurado pese a que él, y ante la benemérita, mostraba también como suyos los devotos libros de su esposa, repletos de santos y cuajados de milagros.

Entonces, para poder escapar de aquella brutal posguerra, ensanchada por la helada del 46, la familia de Miguel Roca, con sus dos hijas y desprovista de casi todo, pero cargada de hambre y de avasallamiento de todo tipo, se vinieron a una masía que los padres de Emilio Roca tenían en Les Useres (l'Alcalatén), en donde apenas poseían, para ir tirando, la venta de la cosecha de unos bancales con algarrobos y olivos igualmente castigados por aquella maldita helada. Así que a Miguel le dio, como a tantos otros de la sierra profunda, por probar con el estraperlo, y una noche, con la bicicleta, bajaba a La Plana una garrafa de aceite. Pero no hubo suerte y al alcanzar Borriol, según nos sigue relatando Artemio Fabregat, topose de nuevo con la guardia civil caminera, y tras ser multado y requisado cuanto traía, el miedo y el hambre aumentó en la familia.□

asta más de 250.000 almas se contaron, a ojo de buen cubero, en la esperada echa del 1 de diciembre (recordemos que tan solo 70.000 peregrinos lo habían hecho en Fátima con las apariciones de la Virgen a Lucía, Jacinta y Francisco en Cova a Iria, el 13 de octubre de 1917, otra historia con excesivas similitudes), personas legadas de toda la provincia y aledaños, pues muchos lo eran de Tarragona, Teruel, alencia y otros lugares de España. Y todos se arrodillaron, día a día, cuando un ombre del pueblo apodado «el tío Moreno» y escoltado por una pareja de la benemérita, ¡como tocaba!, y el comandante del puesto Francisco López Egea (el padre e Raquel nunca hizo acto de presencia), llevando sobre sus hombros a la menuda isionaria se habría paso entre aquel gentío hasta alcanzar los aludidos abrigos de a Morería a margen del Riu Segarra, casi a punto de unirse a la Rambla de les oves, pues todos deseaban tocarla o llevarse de ella una reliquia para curar cualquier dolencia o, simplemente, como «souvenir» pues ya la tenían por casi santa.

Siempre me he preguntado por la querencia de la Virgen hacia esas balmas prehistóricas, con huesos y enterramientos Eneolíticos dentro; con su misterio y su fuerza telúrica: La Cova Santa (Altura), La Balma (Sorita), Cueva da Iria (Fátima), Gruta de la colina de Masabielle (Lourdes) ... ; y siempre infantiles niños pastores, analfabetos (en Lourdes, la nodriza de Bernardita, la Sra. Acavant, decía que la niña, a la edad de 14 años, era incapaz de aprender a leer; también en Fátima, durante la 2ª aparición, la Virgen le dice a Lucía que aprenda a leer), visionarios siempre, hijos del hambre y las miserias del momento, aumentada con creces, como venganza, en quienes perdieron.

Pero veamos de nuevo como describe el acontecimiento el «*Mediterráneo*» (nº 3.012), el martes día 2 de diciembre, un día antes del cumpleaños del Caudillo -¡55!-, pues había sido imposible acallar el suceso. Un escueto pero interesante artículo que vale la pena transliterar en su integridad por ser un fiel reflejo de lo acontecido, debido a un buen cronista desplazado a les Coves que prefirió permanecer en el anonimato.

«Más de 250.000 personas se reunieron ayer en torno a Cuevas de Vinromà atraídas por el anuncio de hechos extraordinarios.

Las pretendidas apariciones de la Virgen a una niña de Cuevas de Vinromà y el anuncio por la pequeña de grandes acontecimientos sobrenaturales y curaciones milagrosas para ayer, atrajo hacia el mencionado pueblo una continua corriente de gentes afanosas de presenciar tales hechos y de enfermos con la esperanza de su curación.

El domingo, con nieve y lluvia, llegaron de todo la provincia, de la vecina –sobre todo Tarragona y Valencia- y de muchas partes de España, infinidad de gentes atraídas por tales anuncios. Ayer la corriente de visitantes por los más variados medios de locomoción fue ya indescriptible y solo las acertadas medidas de orden en carreteras y en torno a la población, adoptadas por el Gobierno Civil, y demás autoridades, hizo posible, con la conducta del público, que alrededor de Cuevas se reuniesen más de 250.000 personas, entre ellas un elevado número de enfermos. Por Castellón se calcula que pasaron, procedentes de valencia, más de cuatro mil vehículos, y de seguro que de la zona de Tarragona llegaron otros tantos. A varios kilómetros de Cuevas de Vinromà los vehículos habían de detenerse y cabe registrar que el orden impuesto por los servicios de la autoridad fue tan eficaz que sólo se dio un accidente, el de un camión que hizo volcar un carro sin que, afortunadamente, se produjeran sino heridos levísimos. La afluencia de público siguió durante todo el día incluso después de las primeras horas de la tarde, cuando ya muchos de los llegados por la mañana empezaban a regresar, registrándose por Castellón nuevo desfile de una larguísima caravana.

A la hora acostumbrada, la niña que afirma ve a la Virgen, llegó a la cueva y se rezó el Rosario como en los días anteriores, siguiendo la oración la muchedumbre con gran recogimiento. Los hechos extraordinarios, oscurecimiento y demás, que la pequeña afirman anunció para ayer, no se produjeron. El gentío siguió en los alrededores componiendo un grandioso enjambre que dio a Cuevas y a las montañas próximas un aspecto impresionante, jamás imaginado.

Entre aquellos centenares de millares de personas y por Castellón, circularon noticias imprecisas de pretendidas curaciones, que, naturalmente, en su mayoría no ha sido posible concretar, ni mucho menos confirmar con garantías. Nosotros nos dirigimos a la Cruz Roja, en Castellón, que montó cinco puestos sanitarios en Cuevas y sus alrededores, y según las noticias de los servicios facultativos de la benemérita y activa organización, ayer puestos nuevamente de manifiesto, solo ocho personas se presentaron a los médicos alegando haber sido curados de sus dolencias y defectos físicos. Por tratarse de casos sobre los que no se poseía antecedentes, los servicios de la Cruz Roja se limitaron a recoger las oportunas notas. También nos confirmó la Cruz Roja que no fue asistido ningún accidentado durante toda la jornada salvo los del vuelco antes indicado, de erosiones leves.

Entre los numerosos enfermos castellanenses que se trasladaron o fueron llevados ayer a Cuevas, se rumoreó si hubo una curación, que tampoco nos ha sido imposible comprobar ni confirmar.

Desde luego nos permitimos insistir ante nuestros lectores en que esta información pretende escuetamente recoger el aspecto natural de esta imponente concentración registrada en un pueblo de nuestra provincia. La autenticidad y certeza de las rumoreadas curaciones y, sobre todo, si en ellas, en caso de ser verdaderas y ciertas a existido intervención sobrenatural, no pretende ser abarcada por nuestra información ni la consideramos, desde luego, de nuestra misión o competencia ateniéndonos a ello y en todo momento al quieto dictamen de la autoridad única en tales materias. Por eso creemos mejor no añadir nombres a esta breve impresión. Con nuestras notas nos limitamos a recordar los hechos en su aspecto externo, centro de la actualidad en Castellón y su provincia y hasta en otros muchos lugares de España. Y a registrar con satisfacción que la Autoridad acertara a encauzar esa enorme muchedumbre, logrando, con la colaboración del público, que la jornada trascurriera sin ningún accidente o hecho doloroso fácil de producir en una aglomeración de esa naturaleza»

Desde Burriana, entre otros muchos, acudiría a Les Coves el músico Pascual Rubert Ramos, invidente desde niño (una desgracia de juegos de posguerra al estallarle un fulminante), que sería llevado en bicicleta por su hermano Francisco, de 16 años, aunque en este caso no hubo milagro pues Pascual carecía de fe, cosa que podemos certificar como amigo. Así como Amadeito Fondemora, igualmente en bicicleta, un vecino de la calle Mayor de la misma Ciudad, pasicorto por su pequeñas piernas, quien me confesó que por si acaso se producía el milagro se había provisto de unos pantalones de su hermano José para poder regresar con decencia.

Pero no hay que olvidar que la fe mueve montañas, antes y después de Cristo, y curaciones las hubo, a buen seguro, en casi todos los pueblos, como es el caso, en Burriana, de Dolores Bodí Ferrá, una mujeruca sorda «com un còdol» y lista como ella sola en palabras de Asunción Cabrera, vecina suya de la Calle Tarancón, a quien todos, desde bien joven, conocieron siempre en la cama y apenas sin movimiento, y tras ser llevada a les Coves la vieron andar con muletas y estar sentada, junto a la puerta de su casa, haciendo calceta, algo imposible con anterioridad al «Miracle». Algo parecido le sucedió a una covarxina apodada «la Chimorrina», la cual siem-

pre había ido con muletas, sustentáculos que tiró tras haber asistido al milagro. Y el propio García Candau, escribe que en Les Coves vio a una mujer, que llevaba años postrada en un sillón de enea:

«como se levantaba y salía a la calle. Se plantó en el umbral, y numerosas personas acudieron a ver como Concepción, la suegra de Vicente Catalá Boix, el tenor de «Els XIII», había recobrado el movimiento»; pero «Tras unos minutos de aparente curación, volvió a ocupar la silla de enea hasta el fin de sus días ... Y sigue relatando que « Centenares de personas lavaron sus pústulas en el agua del Segarra. Del mismo cauce llenaron botellas, para beber, otros centenares de personas ... Los baños y los rezos eran ordenados por la niña, que, según decía, cumplía órdenes de la Virgen.

Se acercó el momento de mediodía, y medio millón de ojos buscaron en el cielo el milagro de la oscuridad y la cruz luminosa. Las 250.000 personas de les Coves aguardaban pacientes el instante del prodigio. Pero a la hora convenida Raquel dijo a los que estaban a su alrededor, para que pasaran el recado, que la Virgen le había anunciado que no se iba a hacer la noche, para que no ocurrieran desgracias. Para entonces, zarzas, tomillos y romeros del monte habían sido arrancados para llevárselos a casa como exvotos ... Las gentes de les Coves aún afirman que el milagro fue que no se produjera una catástrofe. Ni siquiera como sospechó la Jefatura Provincial de Sanidad, se produjo una epidemia, cosa natural en aquellos tiempos».

Como escribiera el cronista anónimo, (aunque pudo andar cerca el propio Director del periódico, Jaime Nos Ruiz), el espectáculo de la inmensa muchedumbre, semejante tal vez al del suceso evangélico de los panes y de los peces, debió ser impresionante. Y tras el no milagro, pues el sol no se oscureció, ni menos bailó como unos pocos dijeron que lo había hecho en Fátima (siempre lo hace tras mirarlo hasta llegar a la cegara momentánea; o tal vez para siempre), el cuarto de millón de peregrinos retornaron a sus casas: unos siguiendo rezando, otros cantando coplas y por todas partes se oía el *«desde San Turce a Bilbao ...»*; y otros muchos –los tullidos y enfermos- decepcionados y con menos fe.

Cuando el viento y la soledad volvieron al escenario del no suceso, el paisaje estaba devastado y roto como si hubieran pasado por él los elefantes de Anibal. Después hubo un estirado silencio, oficial y oficioso, de más de cuarenta años pese a que el «miracle de les Coves» sigue presente en las mentes de las personas mayores del interior castellonense, hasta que el periodista Julián García Candau, desde las hojas del diario *«Levante»*, del año 89, vuelve sobre el tema dentro de sus espaciados y trabajados artículos que llevan por título *«Memorial nostálgico y sentimental»*. Por sus pesquisas (hemos de decir que fue el único periodista que pudo entrevistar a Emilio Roca) podemos asegurar otros hechos. Así, por *«El Mercantil Valenciano»* del día 28 de mayo, sabremos que:

«Raquel anunció las apariciones de la Virgen en una España de posguerra que necesitaba creer en prodigios para olvidar sus pústulas sociales. Raquel llevó la ilusión del milagro a un rincón de la España a la que no iba a llegar el Plan Marshall,

pero a la que le alcanzaban los anatemas de la iglesia del momento. La España que despertaba de la pesadilla de la guerra civil se iba a la cama los domingos por la noche tras haber oído por las emisoras de la Cadena Ser al padre Venancio Marcos, inspirado orador sagrado que nos llenaba el cuerpo de miedo con el peligro del infierno».

La depuración le vino al padre de Raquel, según él mismo cuenta, *«por ser un azañista y un fiel republicano, cosa a la que no he renunciado todavía hoy, y por eso me tuvieron castigado varios años. Cuando sucedió aquello, yo vivía del estraperlo del aceite».*

En 1989 –sigue relatando J. Candau– de aquella familia sólo Emilio Roca vivía en Les Coves, en su casa del Carrer de l’Escola. Emilio le seguirá comentando:

«Yo fui el único que no creyó en aquella historia. Las cosas de la Iglesia nunca me han entusiasmado. No soy exactamente un ateo, pero he leído muchas cosas de la Inquisición y nunca he creído en los curas. Todavía sigo pensando que la guerra civil la promovieron ellos».

Por ello, a Emilio no le gustó que a su casa comenzaran a llegar beatas con ciorios, rosarios y escapularios. Para él: *«Hitler, Musolini, Franco y Salazar eran los cuatro jinetes del Apocalipsis...».*

Con el peso de la nostalgia y del dolor crecido, Emilio Roca termina diciendo:

«Raquel me escribió una carta en la que me afeó el hecho de que me casara de nuevo. Desde entonces no he vuelto a saber nada de las chicas. Me han dicho que Raquel casó con un médico y que tuvo dos niños. No he tenido suerte con mis hijos. Con el chico aun fue peor. No le digo cual fue su final porque, a fin de cuentas, era hijo mío» («Levante», 18-VI-89).

Y es que Félix Emilio Roca Tirado moría asesinado en el Grao de Castellón el día 11 de abril de 1981 (M. Morales). Tenía 38 años, siendo la causa según su partida de defunción: *«insuficiencia aguda de corazón por bronquitis aguda»* puesto que los crímenes nunca constan en tales asientos (Registro Civil de CS. Sección 3ª, tomo 225, pág. 170).

Candau finaliza sus artículos recordando que «el miracle de Les Coves» inspiraría a Luis García Berlanga aquella película titulada *«Los jueves milagro»*. Historia, escribe, que *«resultó tan mutilada por la censura, que el propio autor siempre la denominó Los jue mi»* (18-VI-89).

Pero veamos otros hechos.

Un día de noviembre de 1975, festivo en la universidad por haber muerto Franco, junto con un reducido número de condiscípulos (excelentes amigos), entre ellos la covarxina Pilar Escoin(†), Eugenio Diaz M. y Mabel Aldeanueva, nos acercamos

a Les Coves entrevistándonos con su cura párroco D. Artemio Fabregat Deusdad, a quien pregunté por cuanto había acontecido con «el Miracle de les Coves», pues todo lo esotérico, desde la prehistoria con sus rudos y cabalísticos petroglifoides cubriendo buena parte del septentrión castellonense, me ha importado y he procurado estudiar.

La entrevista fue de interés, pues Artemio había sustituido a mosén Julián Gamundi, procedente de la parroquia de Burriana, vicario en ella y conciliario de Acción Católica, que, a su vez, había mandado el obispado para suceder a mosén Francisco Escorihuela, aquel otro cura que para algunos pudo haber tomado parte activa en la tramoya de lo acaecido en Les Coves, una persona (en decir de Artemio Fabregat) poco dotada y de escasas luces que nunca se supo si tuvo arte y parte.

Artemio Fabregat, como buen sociólogo, pues es Doctor en Ciencias de la Educación (se doctoró en la Universidad de Valencia en el año 1994 con la tesis «El pensamiento humanista del Cardenal Vte. Enrique Tarancón, obteniendo el Apto *Cum Laude*), y dada su condición privilegiada, había ido entrevistando, uno a uno, a los más directos familiares de la niña Raquel y a cuantos de su entorno más cercano. Admirados por el interés de cuantos le arropábamos en aquella visita, cosa que no le había sucedido antes, saco los apuntes, (ya un auténtico estudio social de lo acaecido), y se puso a leernos aquellos folios llenos de realismo y de humanidad. Inmediatamente le dijimos que tal trabajo debería darlo a la imprenta; pero D. Artemio lo tenía bien claro: «*Imposible –dijo-, les he prometido a los entrevistados que nada de ello trascendería mientras viviesen, pues era como una confesión suya; que luego, ya veríamos*». Después le preguntamos por la niña, y nos contó que tuvo que abandonar el pueblo y nunca más se la vio en él. Pero seguimos indagando y supe que estuvo en Burriana, pues Vte. Roca, tío suyo, con una tienda de ultramarinos en el Grao, la había acogido; pero a los pocos meses fue reconocida y tuvo que desaparecer de nuevo.

La triste verdad es que le rompieron la vida, pues se quedó sin el resto de su niñez, sin padres y sin hermanos; pero con el calvario celestial dentro. Si vive -rondará los 68- que la Virgen le dé lo que en vida le quitó, pues con su inmensa fantasía de sueños y de hambre hizo más llevadera aquellas jornadas en un tiempo de poca libertad, aunque sólo fuesen unas horas de un intenso frío de fines de aquel noveno Año de la Victoria.

Tras lo ocurrido, el obispado acusó a mosén Francisco de que había dejado de lado el derecho canónico, escéptico en tales sucesos, y la obediencia debida a los escritos del obispado, e inmediatamente fue desterrado del pueblo. Entonces mosén Julián, el suplente, lo primero que hizo fue prohibir que se hablase del suceso, y menos acudir como peregrinos a los covachos de La Morería para seguir orando. Prohibición que ya había hecho suya, el día 7 de diciembre, el gobernador civil de la provincia, Luis Julve Ceperuelo, ahora bajo sanción y con el «orden y mando» de aquel gobierno de la dictadura.

Pero algo tuvo de positivo tal embrollo en la familia de Raquel, pues el padre fue readmitido en el cuerpo de radiotelegrafistas y destinado a Barbastro, Huesca,

en donde al poco tiempo moría Jacinta Tirado, su esposa (seguimos a J. Albella). Al enviudar, Miguel contrajo un nuevo matrimonio con una mujer llamada María Teresa. Raquel y su hermana Carmen, al no congeniar con su madrastra, fueron internadas, en Lérida, en un convento de monjas, que al poco tiempo dejaban para marchar a Barcelona *«en donde aun muy jóvenes entraron a servir en casa de una familia acomodada»* (M. Morales).

De Barbastro la nueva familia paso por Cuenca, Lequeitio y Cantavieja, y, tras jubilarse, el padre de Raquel; hijo de Cristóbal y de Carmen, nacido el tres de junio de 1905 en Coves de Vinromà, con su último domicilio en calle Escuela nº 9, fallecía en plena soledad el día 5 de abril de 1991 a causa de un *«accidente vascular cerebral»*, siendo enterrado en el cementerio del propio pueblo, según el Registro Civil.

«Sus últimos recuerdos fueron para Raquel y su hermana, pero ella se negó a estar en su entierro y a volver a pisar la población que abandonó siendo niña», pues *«Había protagonizado el suceso más polémico de la primera mitad del siglo, y el miedo o la vergüenza la hizo huir de la provincia y olvidar para siempre la imagen de miles de creyentes, enfermos y tullidos, implorando la gracia de la curación»*. Con el fallecimiento de su padre *«el oscurantismo que rodeó el suceso del milagro después del 47 es algo que Emilio se llevó a la tumba y que aún hoy sigue sin resolverse»* (M. Morales).

La intrahistoria, para algunos, pudo ser esta: mosén Paco, como se le conocía en el pueblo, viendo que bien pocos asistían a los actos religiosos pues les Coves era un pueblo de rojos marxistas, incrédulos como ellos solos, se le ocurrió «fabricar» un «pequeño» milagro para que retornara la fe y con ello acrecentar la tan necesitada feligresía de la parroquia. Por otra parte le pesaba que en les Coves no hubiese ninguna ermita dedicada a la Virgen, como la tienen todos los pueblos de la Diócesis, pese a que la Parroquia lo está a la Virgen de la Asunción.

Es verdad que las gentes de Coves eran de los más «rojos» de las villas de aquellos montes, repletas antaño de cruces calatravas y montesinas, así como de piedra (los humilladeros del medioevo), pues eran republicanos de nacimiento. Y cuando las tropas del General Franco, «los nacionales» (los otros también lo eran), avanzaban desde el Ebro tomando la provincia, el pueblo en masa emigraba en éxodo a Xàtiva en donde mayoritariamente fueron acogidos por los vecinos de la calle y barriada de San José, como nos asegura la nonagenaria xativina Asunción San Epifanio, añadiendo que eran gentes serranas diferentes, que hablaban un valenciano extraño ya que apenas se les entendía allí, en donde se hicieron de notar por su fuerte anticlericalismo liberal.

Sin pensarlo dos veces, ni encomendarse ni a Dios ni menos al diablo, mosén Francisco Escorihuela entró en contacto con la madre de Raquel, pues era una niña que acudía diariamente a la iglesia en donde se la veía rezar con un profundo recogimiento, hecho que llamó la atención de todos.

Emilio Roca Monfort, con su esposa Jacinta Tirado y sus tres hijos –Carmen, Jacinta Raquel y Emilio Félix– habían llegado a Les Coves, procedente a Useres, en busca de una mejor vida, y para que sus hijos fuesen a la escuela. Jacinta Raquel era, en palabras de la maestra Carmen Roca, tía suya, una niña superdotada y muy lista, pues sin escolarizar por residir en aquella masía que sus abuelos poseían en Les Useres, había aprendido de memoria, como única lectura, de la mano de su madre, la vida de los santos y sus muchos milagros, para con ellos imbuirse de sus visiones infantiles y ahuyentar los sinsabores diarios. Raquel, ya en les Coves, comenzó con su carga espiritual a ver a la Virgen y hablar con ella, cosa que mantuvo oculta en un principio, hasta que trascendió y el pueblo comenzó a comentar el hecho de que en la Cova Campana, en las afueras del pueblo, a la niña de Miguel Roca se le aparecía la Virgen; pero como los vecinos se olieron la tramoya, pues todos se conocían bien, siguieron tan incrédulos como antes y sin ir a la misa dominical de mosén Paco Escorihuela; pero no todos, pues algunos, a solas o en grupo, comenzaron a rezar el santo rosario al ángelus del mediodía, tal como la niña Raquel ordenaba ya por encargo, decía, de la Virgen, rezos colectivos que, según J. García Candau, en el Ayuntamiento dirigía su secretario. Las repetidas apariciones, a Raquel y a sus dos hermanos (Félix Emilio, de sólo 4 años) trascendieron a los pueblos vecinos; y a los vecinos de los vecinos, hasta que toda España tuvo, con asombro y ganas, la noticia por cierta. Comenzaron a sonar milagros, y la gente, de cualquier manera, como hemos dicho, a llegar a les Coves de Vinromà: *«el poble del miracle»*.

Sigue anotando J. G. C. que: *«Sobre la personalidad de la niña comenzaron a tejerse teorías de todo tipo. Una criatura que iba camino de cumplir los once años, según relataban las personas creyentes, siempre de muy buena tinta, mantenía conversaciones con gentes ilustradas las que sorprendía por su sabiduría. La transformación de una niña de escaso conocimiento en una persona capaz de someterse con éxito a interrogatorios sobre materias religiosas de diversa índole llegó incluso a la prensa regional»* (4-VI-89).

Un buen día –según comentario de A. Fabregat– la niña le contó a sus padres que la Virgen le había dicho que vendrían unos sabios a examinarla por si tenía alguna locura; pero que estuvieran tranquilos pues también le había dicho lo que debería de responderles. A los pocos días se presentaron los Doctores Sales, dos hermanos médicos, para hacerle un reconocimiento psíquico, y a la pregunta (o una de las preguntas) de si creía que por el ojo de una aguja podía pasar un camello, la niña respondió: *«Por el agujero de una aguja no sólo puede pasar un camello sino también mil, porque para Dios nada hay imposible»*. El caso es que la encontraron con sus cabales enteros, y muy avanzados para su corta edad.

También el Obispado mandaría al delegado diocesano para examinarla. A les Coves acudía, ¡que casualidad!, mosén Cornelio Monfort y Monfort, entonces Arcipreste de Albocasser, luego cura párroco de la iglesia del Salvador de Burriana.

Sin filigranas -ni teológicas ni marianas- pues se lo oí de sus propios labios, hecho que me confirmaba luego Artemio Fabregat, D. Cornelio preguntó a Raquel:

-«¿La Mare de Deu es molt guapa, veritat?

Y Raquel respondió con un rotundo sí.

-«¿I con les dones fermoses es pinta el llavis, veritat?

Y la niña volvió a decir que sí.

Entonces D. Cornelio, comentó:

-¡A la ves filla, ves, no hi ha miracle que vallga!

El lugar en el que se abre Cova Campana no es un lugar cualquiera, pues ya impactó en los tiempos pasados como lo demuestra el hecho de encontrarse en sus ribazos restos Eneolíticos, cerámicas del Hierro I e Ibérica, así como romana y altomedieval pues fueron covachos que pertenecieron al castillo moro d'Abenromà. Hasta D. Francisco Esteve Gálvez encontró en una de las balmas unas raras pinturas rupestres: nada menos que un mono y una golondrina, recientemente reencontradas por los miembros del Museo de la Valltorta.

Ignoro de quien fue la idea del oscurecimiento del sol a mediodía del 1 de diciembre, tal vez de la propia niña recordando aquella lectura de Fátima; pero el hebraísta Ramón Magdalena, me ha contado que su padre, Tomás Eduardo Magdalena Menéndez, en el año 1947 estaba destinado a Coves d'Avinromà como inspector de la Comisaría de Abastos y Transportes (la CAT), debiendo controlar y supervisar las almazaras aceiteras de aquella demarcación. Y explica, en carta particular, *que obtuvo pensión en casa de los padres de la que, al cabo de unas semanas, sería la famosa vidente y milagrera «Xiqueta de les Coves».* *Y allí fue testigo de uno de los más estrepitosos fiascos y fracasos de aquel burdo montaje urdido y dirigido por el propio párroco ... Resultó ser -según se enteró mi padre a través del atribulado progenitor de la famosa «xiqueta»- que el mosén tenía unos parientes en Argentina, quienes de vez en cuando le enviaban revistas y periódicos de aquellas latitudes sud-americanas. En uno de los papeles el mosén leyó que «el día 1 de diciembre habría un eclipse de sol» y, ni corto ni perezoso, montó un espectacular «miracle» de corte profético mediante las visiones y demás ocurrencias místicas de la crédula criatura ...».* Y es que mosén Fco. Escorihuela no sólo pudo ser corto de luces, sino también de sombras pues se había olvidado de que existen dos hemisferios.

Recuerdo bien, pese a mis pocos años (apenas nueve, uno menos que Raquel) aquel día, ya que cuantos estábamos jugando en el patio del colegio salesiano de Burriana, ahumamos vidrios para poder ver las sucesivas fases del oscurecimiento anunciado (que fue en lunes y no en jueves), al modo de un eclipse total. Pero ocurrió todo lo contrario, pues habiendo estado el cielo cubierto, hacia mediodía, cuanto menos en La Plana, salió el sol y ante nuestra decepción no hubo ni noche, ni temblor de tierra, ni mucho menos cruz celeste rodeada de ángeles como Raquel había profetizado, ni vacación.

Recuerdo, también, que en las tiendas se terminaron las patatas, pues se corrió la noticia, por lo menos en mi pueblo, de que la Virgen de les Coves, como ya se le llamaba, había dicho a la niña que la mujer que partiendo uno de tales tubérculos le apareciese su silueta, alcanzaría el cielo. Tal vez, pues hubo muertos como podemos comprobar viendo el libro de defunciones del Juzgado, pues el 27 de noviembre fallecía Dolores Mingarro, de 70 años de edad; y lo hacía el día 2 de diciembre Dolores Arnal, de 85.

Ya con el tiempo largo, aquel que se pierde en el recuerdo, la tarde del día 22 de abril de 2005, conjuntamente con el amigo Arturo Rufino, licenciado en Arte, la población de Sant Mateu para ver la exposición bajo el título «PAISAJES SAGRADOS». De regreso, al pasar por Les Coves, me entrevistaba por segunda vez con Artemio Fabregat.

Dio la casualidad de que era su cumpleaños -66- y nos recibió su señora puesto que él se encontraba de paseo con su hija, que terminaba de cursar veterinaria. Se encontraba delicado, lo que le había mermado su actividad creativa últimamente dedicada a la composición musical que le había llevado a ser el director de la banda municipal de Cabanes. Y es que el espíritu de Artemio Fabregat, sacerdote, era el de la Teología de la Liberación: el de darse a los que sufren persecución de cualquier tipo, liberándose de cuantos tabúes ha ido coleccionando el Vaticano, imposibles para una evangelización sin tapujos. Decepcionado había abandonado el sacerdocio y casado ¡qué casualidad! con la tía de la niña Raquel, lo que le llevó a incinerar en el año 1978 todo aquel trabajo de investigación -unos mil folios- llevado a cabo cuando «desterrado» alcanzó el pueblo.

Con una atención exquisita Artemio Fabregat y su esposa Carmen Roca, ante la atenta escucha de Myriam, de mirada tibia y cejas de alondra, nos fueron relatando aquellos sucesos entretejidos en sus propias vidas.

El hecho de haber sido destinado a la Parroquia de Les Coves se debía a que dando clases de religión en el Instituto de Vila-real, con la charla coloquial amena, la de los buenos maestros, sin mayor importancia, había dicho que cuando Monseñor D. Vicente Enrique y Tarancón estaba en la Plana, se sabía porque el precio del marisco remontaba. Tras un chivatazo, el Sr. Obispo lo desterraba a aquel pequeño pueblo del interior que decora por la derecha el paisaje montano al acercarnos a S. Mateo.

Y es que a nuestro Primado de España le importaba tanto lo divino como lo humano, hecho normal y santo, pues ya en la década de los 40, siendo Obispo de Solsona, en un tiempo sin pan, había escrito aquella pastoral titulada «*El pan nuestro de cada día dánosle hoy*» que hizo temblar a los más encumbrados mandos de la Nación, recibiendo fuertes reacciones radicales del Gobierno de Madrid que lo mantuvieron 18 años anclado en tan insignificante diócesis pese a su crecida valía intelectual y a sus esfuerzos por el trabajo y la dignificación del hombre en su libertad, cuyo resumen político (de extrema derecha) pudo encumbrar aquella pintada: «Tarancón al paredón».

Pero quienes le conocíamos, por ser del pueblo (del suyo), por aquello tan necesario como el condumio, sabíamos que lo dicho por Artemio era bien cierto. Por un lado, menos cuando estaba en alguna función eucarística, Monseñor humeaba por los cuatro costados pues era de fumatas largas, como de complicado cónclave papal, y Artemio, que le conocía bien y lo visitaba en el chalet de «Villa Anita», a canto del Millars, puesto que quería que le dirigiese su tesis doctoral sobre el «*Pensamiento social del Cardenal Tarancón a través de las Cartas Pastorales de Oviedo*», cosa que no conseguiría, nos comentó que llegaba a consumir 7 puros habanos, diarios, y 3 cajetillas. Y es que, como loó en sus memorias Marco Miranda: «*No es hombre completo quien se abstiene de fumar*», y Monseñor, lo era.

También puedo asegurar que era cierto cuanto Artemio Fabregat había dicho coloquialmente, ya que la pitanza de Monseñor la llevaba, cual hechicero oculto, su primo hermano (he igualmente familia mía) Manolo Tarancón Mesado, el cual intervenía como mediador entre los pescadores del puerto de Burriana (buenas langostas y vivas siempre), el *maître* del «Motel Ticasa», José Goicoechea, y las monjas del Convento de Mosén Sol, en la raya que separa los términos de Les Alqueríes y de Burriana.

La fama de aquel primer motel en la Nacional 340, y de su cocina, había rebasado la propia provincia alcanzando la que fue Capital del Reino. En este establecimiento comenzó a importarse un manjar desconocido en la entonces aun Región, el jamón de Jabugo con el que Goicoechea dada a conocer aquellas «virutas a lo cardenal», en las que solo intervenía, como instrumento preparatorio, un cuchillo de corte dentado y la destreza de aquel «camérier de la chambre du Pape». Y en sus fogones preparábanse las langostas al gusto de Monseñor, ni muy crudas ni muy hechas, en su jugo, las cuales, con aquellos entrantes de «virutas», auténtico *bocati di cardinale*, ¡nunca mejor dicho!, eran llevadas por un camarero del mismo motel, igualmente de incógnito, a aquella residencia de monjas en donde ya esperaba el condumio nuestro querido Cardenal.

Aquellos manjares llegaron a alcanzar tal fama, que de Valencia venía para su degustación el Sr. Marques de Montartal, el cual, teatralmente, llamaba desde el comedor ante el asombro del resto de los comensales al afamado *chef*, diciéndole: «¡Goicoechea, procure que las virutas sean virutas que desde que se ha inventado esa dichosa maquinilla eléctrica de cortar fiambre, así como el bidet, ni el jamón sabe ya a jamón, ni el coño sabe ya a coño!»...

Mosén Francisco Escorihuela sí que pudo estar implicado en el «milacre», pues el día señalado por Raquel para el gran acontecimiento, hacia el mediodía del 1 de diciembre de 1947, estaba preparado bajo palio y cruz procesional gótica, con monaguillos portando hachones encendidos, ante la puerta lateral de la parroquia que abre al paisaje de la Morería en cuyo lugar tenía que suceder el hecho sobrenatural.

Según escribe Albella, en aquel día: «*una sombra cubriría el mundo y se hará de noche apareciendo en ese momento una monumental cruz luminosa formada por estrellas y rodeada de ángeles que sólo los presentes verán*».

Y según J. García Candau: *«El día 1 de diciembre amaneció nublado en toda la provincia de Castellón. En las escuelas se cambiaron los cánticos patrióticos por los rezos dirigidos por los maestros. A eso de las once de la mañana, a medida que el día se oscurecía más y más, los maestros enviaron a casa a sus alumnos tras entonar el «del cielo ha bajado la madre de Dios» y sin recordar que «de Isabel y Fernando el espíritu impera». Ni si quiera entonamos el «Montañas nevadas que había escrito Enrique Llobet» («Levante», 11-VI-89). Y en Valencia capital, «la compañía de distribución de electricidad había hecho que se encendieran las luces, temiendo que lo que había dicho Raquel se cumpliera».*

En Les Coves pronto hubo listillos pues un grupo de niños iban vendiendo entre los romeros, a 10 céntimos, hojas de zarzales arrancadas de la Morería, cuyos nervios dibujan la inicial de María, un avance, decían, del inminente milagro.

Artemio Fabregat, en su amena charla, dijo que ante la avalancha humana pidiendo algún recuerdo de la vidente se le ofreció a Emilio Roca hacer de urgencia unas 300.000 estampitas con el retrato de su hija, para su venta a peseta el ejemplar, un rotundo negocio entonces, pero desistió por no creerlo ético; aunque funcionaron clandestinamente algunos centenares. En Burriana, por ejemplo, en la farmacia de Mas, ubicada en el Raval, Manolo Granell Chiva, empleado en ella y fotógrafo por afición, poseía un cliché de la niña Raquel, y le comentó al amigo y también fotógrafo Enrique Safont que hizo y vendió tantas copias que llegó a quemar el negativo y muchos clientes se quedaron sin la «estampita».

Igualmente nos contó A. F., siguiendo con sus recuerdos, que algunas mujeres de edad, por no caber en el paisaje de la Morería y por el intenso frío (se dice que se alcanzó la temperatura más baja del año), se quedaron rezando en la iglesia. Entre ellas había una señora enlutada llegada de Aragón, que se pasó horas rezando con un gran recogimiento místico, posiblemente aprendido de niña en algún colegio de monjas, hasta que su pequeño hijo, que con ella estaba, ya cansado de tanto rezo y silencio, tras incordiar cuanto pudo sin resultado alguno, al ver que su madre seguía sin hacerle el menor caso, empezó a gritar ¡Viva la República! ¡Viva la República!». Surtió efecto, pues la madre, dándole un sopapo, lo sacó de inmediato de la iglesia que es lo que él deseaba.

La tensión era tanta hacia las 12 h. del 1 de diciembre, que *«se recuerda con cierta extrañeza el momento de silencio profundo y con que claridad se escuchaba de lejos la voz de la niña Raquel Roca cuando estaba rezando. Todo eran miradas a todas partes esperando ver aparecer algo, de pronto junto a la cueva donde estaba la niña Raquel se vio relucir algo y todos exclamaron que ya estaba allí la Virgen, y resultó ser el tricornio de un Guardia Civil al darle el sol»* («Mediterráneo» – Comarcas, 1-XII-1997).

Pero quien mejor a descrito e historiado este suceso –el de «la roca de la Morería»- ha sido D. Francisco Esteve Gálvez, con su peculiar prosa hecha de sentimientos y de recuerdos prietos, en un capítulo de su libro *«Villacollença. Una capitalita*

provinciana de l'Espanya vertebrada», titulado: «*La reserva espiritual de Occidente. El Miracle de les Coves*».

El suceso tendría lugar, escribe, «*En aquella roca esquerpa i bonyeguda, amb senyals d'obra antiga, foscors d'humitats i coves, que al peu semblaven misteriosos amagatals, una gen crédula i psicològicament preparada per acceptar el miracle l'esperava, pendens tos del que diguera la xiqueta (...) Hi hagué dones que ploraven agenollades, tenint el rosari en les mans. I també homes de rostre sec, recremat pel Sol, s'eixugaven alguna llàgrima*»

He igualmente anota que «*l'alta jerarquia aclesiàstica guardaba un prudent silenci (...) Una passivitat que afavorí molt al fet que la febra del miracle s'excedira*»

También comenta el hecho de la hoja «d'esbarzer», con la estructura fibrosa de una «M», para unos «M»ilagro y para otros «M»aría. Y sigue narrando que el padre de Raquel, estando seguro de que su hija no veía a la Virgen «*es presentà al tinent de la Guàrdia Civil declarant-se innocent de la tramoia. (...)*, consecuencia de haberse proyectado en el pueblo la «*cançó de Bernardette, una pel·lícula que, degut a l'ambient de religiositat que es vivia a Espanya, tingué mont d'exit i deixà un rastre de xiquetes amb imaginació per reviuire les aparicions de la Verge a Lurdes*».

Explica que en el pueblo se sospechaba del párroco, pues la niña estaba aleccionada por alguien entendido en el Santoral y la Patrística. Y que no podía ser por inspiración divina: «*per què hi hagué ocasió que estan a la cova dirigint el rosari li fallà la memoria i va errar la lletania ...*».

Como dato curioso, no aportado por el resto de quienes glosaron el suceso, escribe que entre las personas con altos cargos eclesiásticos que mandó la iglesia para examinar cuanto estaba sucediendo, había una monja muy atenta a cuanto exponía la niña Raquel. Y se corrió la voz de que era «*un dels infans que veieren la Verge a Fátima*».

Entre los innumerables vehículos llegados a Les Coves, escribe Esteve que «*Molts carros, pels noms dels pobles que portaven en la matrícula, degueren fer llargues jornades de camí perquè n'hi havia de la Ribera del Xúquer, de la Marina d'Alacant i del Baix Segura (...) i la Policia de Tràfec anà ordenant-los al marge de la carretera en llarga filera que cap avall arribava als set quilòmetres i cap a Sant Mateu pasaba dels tres i mig (...) mes de cent mil persones es movien con un immens formiguer, que enfosquia el color groguinós de la terra i el vert llustros de la malesa mullada per la pluja de la nit. Pel vessant de la Solana, més planera i pelada, n'eren tans estrenyent-se que semblava una estesa de cacaos posats a secar a la porta d'una casa llauradora*». Y tras la hora del puntual milagro, a las 12 del 1 de diciembre, «*Els desgraciats seguiren con abans coixos, cecs, muts o baldats, i el malalts no sanaren (...) Y el miracle de les Coves posà de manifets l'estupidesa col.lectiva de l'Espanya regenerada pel franquisme...*»

Termina Esteve Gálvez comentando que en la misma ciudad de Tortosa, en un estudio fotográfico de la calle de San Roque, se exhibía, a gran tamaño, el retrato de la niña Raquel.

Según Artemio Fabregat, como hemos comentado, la niña, tras aquella historia, desapareció del pueblo y, al parecer, solo volvió de incógnito ha hacerse cargo de la herencia de su padre, habiendo permutado el nombre de Raquel por el de Jacinta.

Cuando salíamos de casa Artemio era ya oscuro y al abandonar Coves, de soslayo, miré el farallón de la Morería cuya silueta adivinábase majestuosa, y pude advertir diminutas luces en la base de la Cova Campana, y es que aun quedan romeros que llevan a la Virgen cirios y flores, pues para el creyente cualquier lugar es bueno para la oración, y la fuerza geológica del acantilado es propicia a ello como lo es para los mayores el recuerdo del hecho más grande de la historia del pueblo.

La señora de Artemio, maestra retirada, y como hemos dicho tía de Raquel, asegura que la niña era inteligentísima, y que creía haber oído que el cura párroco de entonces era salesiano, o que pudo haber ingresado, en palabras de su esposo, «*en la frarera de Burriana*».

La mañana del día 25 de abril de 2005, pregunté en el convento de los frailes de Burriana (la «*frarera*» de Artemio Fabregat) por el Padre Leopoldo, un seguidor de San Juan de la Cruz de auténtica humildad evangélica, que a los pocos días fallecía, con el que me unía una buena amistad pues ambos deseábamos ver finalizadas aquellas obras de restauración del templo parroquial más antiguo del Reino de Valencia que las armas de Jaime I incorporaron a Europa. Tras contarle el motivo de mi visita me aseguró que en el convento nunca había ingresado ningún sacerdote procedente de Les Coves. De paso me acompañó a la mimada biblioteca del convento para dar una hojeada a los Boletines Oficiales del Obispado de Tortosa, meses de octubre, noviembre y diciembre del 47, y no encontramos comunicado alguno de la Diócesis referente al «*miracle de les Coves*», por lo que ambos dedujimos que el Sr. Obispo quiso que en tales boletines no quedase, para la historia, el mínimo rastro del suceso.

Después pasé al Colegio Salesiano, y D. Antonio Pastor (coadjutor que ya conocí en mis años de infancia en el colegio), me facilitó la lista de los salesianos que pasaron desde la fundación del colegio en 1940 hasta el año 1953. Y en el curso 47/48 tampoco figura Francisco Escorihuela.

Transcurridos 12 años de aquel suceso que paralizó España, sigue contando Esteve Gálvez en su narración, topóse en las cercanías de Forcall con Mosén Francisco, el cura del «*miracle*», quien le comentó que por mandato del obispado fue trasladado a una casa de salud donde estuvo internado durante tres meses, encontrándose ahora (corría el 1959), destituido de cualquier cargo, en el colegio de los Escolapios de la Bonanova.

En el año 1997, cincuentenario del acontecimiento, la asociación cultural de Les Coves «*El Tossal Gros*» intentó rememorar aquella historia de la España profunda de aquella posguerra «*incivil*», pero quedó en suspenso. Se dice que por presiones

de la propia Raquel Jacinta Roca; otros aseguran que por no entregarse los originales a tiempo...

El caso es que a la niña del milagro desapareció del mundo, pues para dicha celebración varios periodistas y cadenas de televisión revolviéron cielo y tierra para encontrarla: «*un total oscurantismo* (escribe J. Albella) *envuelve el tema y continúa siendo una incógnita el paradero de Raquel Roca Tirado...*».

En Barcelona sigue cuanto menos Raquel, que ocultando este segundo nombre se hace llamar Jacinta, la cual casó con un pediatra que ignora, se asegura, la crecida historia de su esposa.

Personalmente, y con ello terminamos, estamos convencidos que si el suceso de les Coves llega a producirse hacia el cambio de siglo XIX/XX, casos de Fátima (1917) y de Lourdes (1858), hoy tendríamos aquí, a mitad camino, un gran templo mariano.

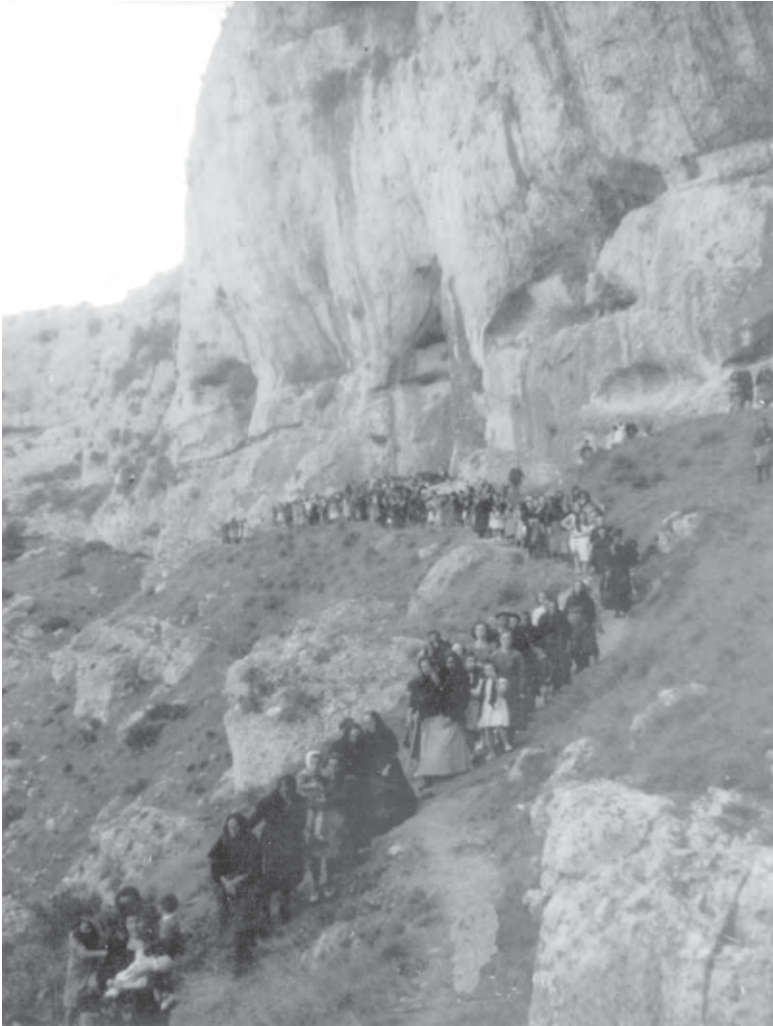
NORBERTO MESADO OLIVER

Bibliografía primaria.

- ALBELLA, J. A.: «50 años del milagro de les Coves». En págs. 12 y 13 de El periódico *Mediterráneo* del 1-XII-1997: «*Un milagro que paralizó España*»; «53 Aniversario del Milagro de les Coves de Vinromà -La Virgen no apareció». En pág. 28 de El periódico *Mediterráneo* del 3-XII-2000; y «Les Coves recuerda 600 años de señera». En pág. 31 de El periódico *Mediterráneo* del 28-XI-2004.
- BLASCO, V. F.: «Recordant un 1 de desembre... La xiqueta de les Coves». *Els 7 Set*, nº 11. Desembre de 2000.
- CORTES BLASCO, M. A.: «El milagro de las Cuevas de Vinromà». *Els 7 Set*, nº 11. Desembre de 2000.
- DÍAZ MANTECA, E.: *Les Coves de Vinromà. Una vila del Maestrat Històric*. Geografia i Història. Col.lecció Universitaria. Diputació. Castelló 2002.
- ESTEVE GÁLVEZ, F.: *Villacollença. Una capitaleta provincialiana de l'Espanya vertebrada*. Narrativa 11. Excm. Ajuntament de Castelló. Museu Municipal d'Etnologia. Castelló, 1997.
- GARCÍA CANDAU, J.: «Memorial nostálgico y sentimental». Artículos aparecidos en *Levante -El Mercantil Valenciano*: «El Miracle de les Coves (1)», 28-V-1989; «Raquel Roca anunciá prodigios y curaciones (2)», 11-VI-89; «La Bernardette de les Coves, madre de familia (y 3)», 18-VI-89.
- MARCO MIRANDA, V.: «Memorias -In illo tempore». *Monografies*. Consell Valencià de Cultura.. Valencia, 2005.
- MORALES, M.: «El Miracle de Vinromà -¿Qué fue de la niña de les Coves? *Mediterráneo*, pág. 3; y «Los testigos del milagro evocan el histórico día casi 50 años después», en pág. 4 del 6-III-1994.



1. Les Coves. La niña vidente, de diez años, Raquel Jacinta Roca Tirado (Colección B.B.M.).



2. Les Coves. Romería diaria, tras la niña Raquel, a la Cova Campana (Colección B.B.M.).



3. Les Coves. La Morenía hacia el mediodía del 1 de diciembre de 1947 (Foto Wamba. Colección Benjamín Barberá Miralles).